

La educación rural

María José Forcén Llorens

Profesora de Lengua y Literatura en el I.E.S. Sierra de la Virgen de Illueca

Llevo años trabajando en institutos más o menos alejados de la capital. La experiencia me dice que la educación es distinta en las zonas rurales y en las zonas urbanas. Los objetivos y los fines son los mismos, pero varían las circunstancias, el entorno social-económico-cultural, los medios materiales y un sinfín de particularidades de los distintos contextos.

Es un hecho que los desequilibrios y las desigualdades estructurales de nuestras sociedades afectan más o de manera más determinante a las zonas rurales, y por consiguiente a la educación rural. Pero también es cierto que la educación rural tiene algunas características muy positivas que la enriquecen y que trasladadas a las zonas urbanas vivificarían y humanizarían la educación en general.

Parece no haber estudios rigurosos que demuestren que los resultados obtenidos por los alumnos a la hora de enfrentarse a las PAU (Prueba de Acceso a la Universidad) o al acceso a los Ciclos Formativos varíen según el medio de procedencia, pero el camino recorrido por los alumnos para llegar a ese punto es diferente en uno y otro caso.

La mayoría de los niños de zonas rurales han cursado la Educación Primaria en centros pequeños rodeados de otros niños con los que, además de compartir horas de clase, comparten muchos otros espacios y actividades. Han tenido junto a ellos la figura cercana y familiar del maestro o la maestra que – algo cada vez menos frecuente – en ocasiones ha echado raíces en su propia comunidad y por tanto participa de sus alegrías y problemas cotidianos.

Algunos de ellos han formado parte de aulas en las que se concentran alumnos de niveles educativos diferentes y esto les ha ayudado a aceptar con más naturalidad la diversidad en todos los órdenes.

Las Tecnologías de la Información y la Comunicación homogeneizan la percepción del mundo que tienen los alumnos de las zonas rurales y urbanas, pero la vivencia directa del medio natural, la vinculación estrecha con el territorio – el pueblo, la comarca que experimentan los niños de estas zonas no es sustituible por ninguna experiencia diferida y es un factor determinante en la formación de su personalidad.

Su llegada al instituto abre ante ellos, como ante los adolescentes urbanos, una nueva etapa. En el caso de los alumnos rurales, su círculo se amplía para pasar a compartir aula con iguales de toda la comarca. La experiencia de la diferencia, que es real por pequeña que la comarca sea, se complementa y enriquece con otra experiencia: la certeza de compartir con los otros un estilo de vida, una identidad común en la que reconocerse.

El instituto de las zonas rurales se convierte muchas veces y por muchas razones en un centro promotor del desarrollo rural. Los equipos docentes y el profesorado se ven obligados a buscar soluciones originales para adaptar su oferta educativa al contexto y de este modo conseguir arraigar en los alumnos y en el territorio; para intentar compensar las desigualdades que puedan sufrir sus alumnos respecto a los alumnos de las ciudades; para convertirse en promotores y garantes de las peculiaridades, de los valores y de la cultura de la zona.

Por todas estas razones, aunque esta reflexión dista de ser objetiva, y obvia conscientemente cuestiones de tipo político y administrativo que aquí podrían traerse, quiere afirmar contundentemente la importancia de la educación en las zonas rurales, su potencial renovador en lo pedagógico, en lo económico, en lo humano. En el fomento del desarrollo equilibrado y sostenible, en la promoción de la igualdad y la diversidad social y en la pervivencia de unos valores que son rurales, urbanos y globales.

